

## Pasotismo, cultura underground y música pop. Culturas juveniles en la transición española<sup>(1)</sup>

Bajo el paradigma de la transición política española se esconden toda una serie de acelerados cambios políticos, sociales y culturales. Dentro de los colectivos que protagonizaron y que sufrieron esos cambios, los jóvenes de la transición apenas han sido analizados. Caracterizados como “desencantados” o “pasotas”, el análisis de las encuestas de juventud y de los estudios sociojuveniles de la época nos muestra una imagen más compleja de la juventud transicional, condicionada por la crisis económica y el paro, expectante e ilusionada ante la llegada de la democracia pero desconfiada de los partidos políticos y de los sindicatos.

Dentro del ámbito de la cultura los y las jóvenes de la transición comienzan a desarrollar una producción cultural propia, alejada de los esquemas que habían movido a generaciones anteriores. Las revistas contraculturales o undergrounds, como Ajoblanco, Star, o Sal Común, se convirtieron en espacios híbridos en los que la información musical se mezcla con dossiers sobre drogas, medio ambiente, marginación o libertarismo, desarrollando en parte de la juventud una cultura política novedosa y participativa.

A partir del análisis de las estudios sobre jóvenes de la época, así como de las revistas mencionadas, podemos trazar algunos rasgos de los jóvenes de la Transición, alumbrando un espacio en el que todavía se ciernen demasiadas sombras.

### 1. Introducción

Pertenezco a una generación con mitos  
– Jim Morrison, John Lennon,  
Andy Warhol, Che Guevara -  
pero sin maestros

Pepe Ribas

<sup>(1)</sup> Agradezco a Amparo Lasén los comentarios y sugerencias realizados sobre borradores de este trabajo.

<sup>(2)</sup> Para situar temporalmente al lector enmarco la transición entre los años 1975 y 1986, situando como inicio de la misma la muerte de Franco, y como fin la entrada de España en la C.E.E.

<sup>(3)</sup> Para una crítica al concepto de juventud véase Martín Criado (1998)

Abordar el estudio de algunas facetas de la juventud española durante la transición<sup>(2)</sup> política española puede ser una tarea demasiado ambiciosa; no es sencillo reconstruir, cerca de 30 años después, las ideas, las prácticas y los gustos de aquella juventud. Para no ser pretencioso diré entonces que de lo que se trata es de profundizar en la historia de algunos de aquellos jóvenes, ya que no es posible hacer un retrato homogéneo ni completo de la juventud, básicamente porque no hay un modelo único de juventud<sup>(3)</sup>, sino que ésta se ve atravesada por diversos aspectos como el nivel socioeconómico, el nivel educativo, el género o la etnia. Las voces, o los ecos de ellas, que nos han llegado, son las de aquellos jóvenes avezados que formaron parte de las vanguardias culturales, las de aquellos con suficiente capital cultural, social y

económico como para viajar, leer, escribir y pensar sobre la cultura, la política y la transición en unas claves diferentes a las de la clase política. Y aunque sus discursos calaran entre otros jóvenes, no caigamos en el error de generalizar sus ideas, de pensar que todos fueron iguales. Ya lo decía Antonio Martínez Sarrión en el prólogo a la biografía de Leopoldo María Panero, firmada por J. Benito Fernández, que "...nunca supondrá lo mismo, debo insistir, oficiar de paseante en corte, rey de la noche, funámbulo en la cuerda floja, "estridentista" o poeta maldito, a partir de un *milieu* como el de los Panero, que intentarlo desde las chabolas del Pozo del Tío Raimundo..."

Existe otro problema añadido con el que hay que enfrentarse para desarrollar esta labor cuasi-arqueológica. Y no es otro que el de los estereotipos, los clichés, que han sobrevivido a la juventud *transicional*, y que siguen acompañándolos. Sobre todo uno: el del pasotismo. Son pocos los textos (sociológicos, históricos, periodísticos...) que se han acercado al período desde el punto de vista de los y las jóvenes, y en casi todos se repite, como un mantra, el mismo relato: el de una juventud desencantada, aburrida, neutra, que en un momento clave de la historia de España se borró y optó por las experiencias lúdicas, por el ocio y el hedonismo. Uno de los elementos que han forjado esta idea de la juventud es la lectura, siempre interesada, que se ha hecho de la *movida* madrileña<sup>(4)</sup>, presentada como una escena musical coherente y homogénea, caracterizada como frívola y apolítica, generalizando estos rasgos a toda la juventud de la época, a pesar de la diversidad de discursos, éticos y estéticos, que yacían en el seno de esta escena y de que la *movida* no fue el único movimiento musical de la transición, ni el más numeroso.

Para no caer en la generalización ni en el estereotipo hay que bucear en aquéllas voces críticas que se alzaron durante la transición, que propusieron un cambio político distinto al de la clase política, y que tomaron la cultura como caballo de batalla. Adentrándonos en los movimientos underground de la época podemos percibir cómo determinados jóvenes manejaban unos referentes culturales e ideológicos muy diferentes a los de anteriores generaciones, y cómo esos discursos fueron permeando en coetáneos suyos. Sus influencias eran diversas, y pasaban por la contracultura norteamericana, el situacionismo, el rock, el punk, el libertarismo o los nuevos movimientos sociales. A través de fanzines<sup>(5)</sup>, revistas como *Ajoblanco* o *Star*, libros o editoriales (*La banda de Moebius*, *La Piqueta*) esta cultura alternativa se fue diseminando entre ciertas culturas juveniles, no siempre de forma homogénea. En este proceso de desarrollo de diversas culturas juveniles queda patente que la cultura se ve atravesada por el contexto político, social y económico, y que estos elementos se mezclan con la producción artística de los jóvenes.

A partir del análisis de estas revistas y fanzines, utilizando también encuestas y estudios sobre juventud realizados durante ese tiempo, centrados en la relación entre juventud y política, combinándolos con las experiencias y los recuerdos de los protagonistas de aquellos cambios, podemos reconstruir las ideas de una parte de la juventud que se escapa de los estereotipos antes descritos, y que proporcionan una visión de la transición distinta de la habitual.

## 2. La situación social de la juventud

Antes de adentrarnos en la producción cultural de los grupos juveniles de la transición es importante remarcar algunos datos sobre la situación social de

<sup>(4)</sup> Para un relato "contrahegemónico" de esta escena musical es útil el texto de Labrador y Monasterio (2006).

<sup>(5)</sup> Uno de los pocos estudios sobre la historia de los fanzines en España es el publicado por Babas y Turrón (1996)

la juventud, principalmente a finales de los años 70 y primeros años 80. Y es que la transición se produjo en un marco económico muy negativo para España, en el que confluyeron la crisis internacional del petróleo de 1973, junto con un cambio del modelo productivo español, que buscó dejar atrás la industrialización y el empleo agrario en pos de los servicios. A esto hay que sumar que en ese mismo periodo intenta acceder al mercado de trabajo la generación más numerosa de jóvenes españoles: los hijos del *baby boom*, que en 1981 representaban 1/3 (12 millones) del total de la población española (37 millones) (Beltrán, *et ál*, 1984: 17). Y dentro de ellos hay que destacar la irrupción de las nuevas generaciones de mujeres que rompen con las dinámicas de sus antecesoras e intentan incorporarse al mercado de trabajo apoyadas por unos niveles educativos sin precedentes (Garrido y González, 2006: 87-88).

La suma de todos estos elementos tiene un resultado muy claro: el aumento del paro juvenil. En 1981 el 53, 7% de los parados eran jóvenes de entre 16 y 24 años, afectando en mayor medida a las mujeres que a los hombres. Si bien estas generaciones tuvieron logros importantes en su formación académica, y de que la matrícula en las universidades comenzó a crecer en ese tiempo, el paro entre los licenciados rondó el 30% (Beltrán, *et ál*, 1984: 47-49) Los estudios de la época también inciden en que las oportunidades vitales para los jóvenes estaban muy ligadas a las ocupaciones de los cabezas de familia. La encuesta de la Juventud de 1982 muestra cómo el 80% de los hijos de empresarios estaban estudiando, cifra que se va reduciendo conforme descendemos en la escala profesional, hasta alcanzar un 26% de hijos de padres en paro que eran estudiantes. Si en vez de fijarnos en el porcentaje de jóvenes que estudian nos fijamos en el porcentaje de desempleados, en este caso la juventud en situación de desempleo, o que no hace nada, cuyo padre también estaba en paro, es del 40%, cifra que no llega al 5% en el caso de los hijos de empresarios profesionales. Si a esto unimos que el acceso al empleo durante esos años se basaba en gran medida en las relaciones personales (un 78% de los jóvenes en 1982 consiguieron su empleo a través de familiares o conocidos) (Beltrán, *et ál*, 1984: 35), la imagen que se nos proporciona de España es la de una sociedad poco meritocrática, con un Estado de Bienestar aun por desarrollar, y en la que la clase social y el género seguían teniendo un peso muy importante en las oportunidades vitales de los jóvenes.

A pesar de estos datos, algunos indicadores socioeconómicos, como la desigualdad social, o la pobreza, se redujeron en la década de los 80 (Salido, 2006: 213), sobre todo a partir de la segunda mitad de la década. En estos primeros años fue importante el hecho ya señalado de que gran parte del desempleo se centró en mujeres y jóvenes, y en menor medida en los cabezas de familia, lo que hizo que los indicadores de desigualdad no se disparasen. Es lo que Garrido y Requena (1996: 56) han llamado *pacto intergeneracional implícito*, por el que las pérdidas que los jóvenes asumen en el espacio público (trabajo) se ven recompensadas en el espacio privado (familia), ya que las rentas son transferidas a los padres, que se encargan del sostenimiento de los jóvenes. Es decir, que “los problemas que las políticas públicas son incapaces de resolver (la inserción laboral de los jóvenes) se desplaza a las familias, que han de hacerse cargo de procesos emancipatorios cada vez más largos y costosos” (González, 2006: 265).

Otro elemento a tener en cuenta son los espacios urbanos en los que se había socializado buena parte de la juventud de la transición. Las grandes

ciudades españolas (Madrid, Barcelona, Bilbao) habían crecido, tanto en población como en tamaño, de forma desmesurada desde mediados de los años 50 a causa de los movimientos migratorios del campo a la ciudad. La capital, por ejemplo, pasó de tener 1.823.418 habitantes en 1950 a tener casi 5.000.000 en 1980 (Cuesta, 2009: 185). Este rápido y continuado aumento de población no fue previsto por las autoridades franquistas, que no supieron gestionar la demanda de infraestructuras. Aunque se construyeron 4.000.000 de viviendas entre 1961 y 1976, a finales de los años 70 todavía existían cerca de 35.000 mil chabolas en las afueras de Madrid<sup>(6)</sup> (Hooper, 1987: 109 y 111). Un problema añadido en el que inciden los expertos (Hooper, 1987: 110), (Cuesta, 2009: 185) es en la mala calidad e incomodidad de aquellas viviendas, que adolecían de falta de espacio (un 60% de los jóvenes vivían en casas de entre 50 y 100 metros cuadrados<sup>(7)</sup>) y de mal aislamiento sonoro, así como de falta de equipamientos e infraestructuras: "...el resultado fue un urbanismo de pésima calidad y unos barrios aislados y mal comunicados, que además carecían de los servicios más básicos, como alumbrado, alcantarillado, zonas verdes, escuelas, ambulatorios, seguridad, limpieza...Lejos de resolver los problemas sociales derivados de la inmigración masiva y el desarraigo, estas soluciones urbanísticas no hicieron más que trasladarlos a la periferia y maquillarlos, en lo que se vino a llamar popularmente chabolismo vertical..." (Cuesta, 2009: 185). Esta misma autora (p.189) profundiza también en los problemas de escolarización de muchos jóvenes por la falta de escuelas en sus barrios. Hasta el año 1975 no se consiguió la plena escolarización (gracias sobre todo a las escuelas privadas), priorizando sobre todo la educación infantil, lo que provocó que muchos chicos y chicas de entre 14 y 15 años se quedasen fuera del bachillerato o la formación profesional, y sin tener todavía la edad laboral (16 años).

Partiendo de estos datos podemos imaginar a buena parte de aquella juventud, hijos de la migración, crecidos en barrios aislados y mal acondicionados, con escasa formación académica y sin oportunidades laborales, con mucho tiempo libre y pocos recursos económicos, sin oferta cultural más allá de los bares, los billares, las discotecas y las tragaperras, y que formarían parte del imaginario de fenómenos sociales, mediáticos y cinematográficos como los *quinquis*, y de la música y las canciones del punk de La Banda Trapera del río, o del rock urbano de Leño.

### 3. Pasotismo juvenil y desencanto político

Con todos estos problemas sociales no es difícil comprender por qué en la juventud cundió un sentimiento de desafección hacia los partidos políticos. En la Encuesta de la Juventud realizada en 1982 (citada en Prieto, 1985: 107) el 87% de los encuestados afirmaba interesarse poco o nada por la política, datos que también se confirman al ser preguntados por su interés hacia los partidos políticos, que es muy escaso. Esta visión negativa de lo político no fue patrimonio de los y las jóvenes, sino que se esparció entre toda la población española. Algunos autores han definido estos rasgos como "cinismo político: "...el cinismo político se definiría básicamente por la débil identificación de los ciudadanos con las élites políticas y con las principales instituciones. El cinismo político es, junto con la baja participación política, el rasgo que más diferencia la cultura política de los españoles de la del resto de los ciudadanos de las democracias occidentales a lo largo de la década de los setenta y ochenta..." (Morán y Benedicto, 1995: 24).

(6)

Hooper (p. 111) también señala que gran parte de esas viviendas (casi la mitad) fueron construidas por empresas privadas, y que la mayor parte de ellas se vendieron como Vivienda de Protección Oficial de Promoción Privada, lo que encareció su precio, siendo las clases medias y altas quienes pudieron acceder a ellas.

(7)

Así lo afirma Castor, periodista que firma el artículo "Juventud y mundo urbano", en la revista Documentación Social, nº46, (pp. 85-103) basándose en una encuesta de la revista *Juventud obrera*

La desafección hacia los partidos políticos es una constante en diversas democracias occidentales, no sólo la española, si bien la peculiaridad del caso español es la rapidez con que este fenómeno se propaga. Tampoco parece que el concepto de “cinismo” defina la situación de alejamiento entre ciudadanía y partidos. Un concepto más útil es el de desencanto, que corrió como la pólvora durante la transición, y cuyas implicaciones se han agrupado en torno a dos ejes: formalismo y fin de las utopías. Para José Manuel Roca (1999: 110) el desencanto viene producido por la reducción de la Transición a un acuerdo entre las élites basado en cuestiones procedimentales, para lo que los partidos de izquierdas, en especial PCE, tuvieron que desactivar los movimientos de masas que les habían apoyado en su oposición al Franquismo. Por tanto la desmovilización obedeció, por un lado, a la necesidad de alcanzar acuerdos en un clima de olvido y paz social, así como a la intención de los partidos de construir un sistema democrático en el que la ciudadanía jugase un papel secundario.

La segunda vertiente del concepto de “desencanto” la encontramos en la obra de Teresa M. Vilarós *“El mono del desencanto”*, en donde se señala que el fin del Franquismo supuso el fin de la utopía sobre la que la oposición a éste había sobrevivido. Para esta autora los antifranquistas, organizados en torno a discursos de corte marxista, vivían en una utopía fuera de un tiempo presente que no reconocían como suyo, por lo que se refugiaron en un pasado glorificado y en un futuro utópico. El problema es que “...la muerte de Franco señala la retirada de la utopía y la eclosión...del desencanto” (1998: 27). Es decir, que tras la muerte del dictador el sueño revolucionario del antifranquismo se diluyó ante el formalismo de la Transición.

Morán y Benedicto (1995: 57) coinciden en su cronología con Velázquez y Memba (1995: 16), señalando que el desencanto surgió a partir del año 78-79, tras unos años de creciente atención hacia la transición. El golpe de estado del año 81 supuso un pequeño repunte del interés por la política, junto con la victoria socialista en las elecciones del año 82, pero a partir de ahí el desencanto volvió a cundir en la población española.

Tabla 1. **Interés por la política**

	1976	1978	1979	1981	1982	1984	1985
Mucho	9	11	8	8	9	4	4
Bastante	24	27	21	27	24	19	21
Poco	22	20	25	57	26	32	37
Nada	44	40	42	35	36	45	37
NS/NC	1	2	4	3	5	-	1

Fuente: Morán y Benedicto (1995: 57), a partir de diversos estudios del CIS.

Aunque el desencanto calase en diversas capas de la sociedad, uno de los colectivos más señalados por esta actitud fueron los y las jóvenes. Es en los años de auge del desencanto (1978-79) cuando aparece el estereotipo del “pasota”, cliché un tanto vago, difícil de asir ante la falta de una enunciación clara. Las distintas definiciones consultadas se contradicen, y los relatos de los jóvenes de la época hacen pensar que fue un estereotipo con una alta carga peyorativa con el que la juventud no se reconocía. Velázquez y Memba, por ejemplo, hablan del pasotismo como “...una mezcla de indiferencia, cinismo y agnosticismo respecto a las instituciones democráticas de nueva creación. Sin olvidar, claro está, que una de las principales causas que se atribuyen al pasotismo es la profunda crisis

económica que atravesaba el país y la escasez de posibilidades de la juventud para encontrar un trabajo...” (1995: 76). A esta suma de desencanto más crisis económica añaden algunos rasgos más, característicos de los pasotas: “por encima de todas las cosas, odiaban el trabajo. Trabajar constituía la antesala de la vida burguesa...El pasotismo no era igual que el desencanto: aquél suponía la expresión más radical de éste” (Velázquez y Memba, 1995: 79). La propuesta de estos dos autores es contradictoria ya que por un lado señalan la falta de perspectivas laborales como causa del pasotismo, al tiempo que añaden el odio al trabajo como ejemplo contracultural de crítica a la sociedad burguesa. Hooper (1987: 319) añade otros elementos a la definición: “...consumen drogas y tratan de poner la mayor distancia posible entre ellos mismos y el resto de la sociedad...la idea misma de ser un pasota implica la negativa absoluta a participar...mascullan las palabras, y utilizan un vocabulario reducido al mínimo...”. De aquí se puede obtener una idea un poco más concreta de cómo se caracterizaba al pasota: es aquél que pasa, como en el mus, que no se implica, que se abstrae, quizás ayudado por sustancias psicotrópicas, y por una jerga ininteligible, en muchos casos proveniente de ambientes carcelarios y del lenguaje caló. Desde una perspectiva más chusca Manuel Martín Serrano (1994: 43) critica el pasotismo siguiendo la línea de Hooper: “...a la afinidad que despertaba el *camarada*, comienza a sustituir la que despierta el *colega*; el *tío* o la *tía* miembro de la misma tribu urbana, con la que se comparte un ambiente discotequero donde el volumen de la música impide el diálogo y se chamulla un lenguaje empobrecido hasta límites próximos a la subnormalidad...”. La crítica aquí se dirige a un cambio en la mentalidad y en las ideologías de los jóvenes, así como en las nuevas formas de ocio que se van imponiendo.

También hubo exaltados discursos de defensa del pasotismo, como el de Díez del Río (citado en Feixa, 2004: 14), quien en un texto publicado en la Revista de Estudios de Juventud, y en clave subcultural, defiende el pasotismo como una forma de protesta contracultural, y como un estilo de vida que critica simbólicamente los valores de la cultura dominante. Uno de los pocos estudios sociológicos que trataron de analizar morfológicamente el pasotismo es el realizado por Santiago Lorente (1981: 190), que llega a una sorprendente conclusión: “...su tipología social y sus esquemas mentales políticos no dejan lugar a dudas en cuanto a que su origen social es fundamentalmente alto y acomodado, posiblemente urbano y de derechas, si bien en esta categoría deben existir muchas chicas dedicadas a sus labores que tienen, por tanto, pluralidad de orígenes sociales...”.

¿Cómo recibieron los y las jóvenes estos estereotipos? Para aclararlo es muy útil acudir a las revistas underground (de las que hablaremos más adelante) de la transición y buscar en ellas las vivencias y los relatos de los jóvenes. En la revista Sal Común, que dio mucha cancha a la cuestión del pasotismo, en la sección de cartas abiertas (“Opiniones), se publicaron muchos textos sobre estas cuestiones, y es patente la situación de desarraigo de los y las jóvenes que escriben sobre el pasotismo. En el número 6 un lector escribe “...Pasotas somos la generación que nació cuando los hippies (sic) aún era hippies. Pero no había relevo, sólo derrota, humillación, incertidumbre en una generación estéril, inútil, desaprovechada...”. En el número 9 publicaban otra carta similar, que decía: “...pasar de todo es el intento de los desencantados, de los fracasados, el patrimonio no conseguido de los desesperanzados, de los amargados...nosotros, los que intentamos pasar de todo, somos los

idealistas estrellados contra la realidad pura y simple...una generación sin ideales que quiere tenerlos, de sabios conocedores de cómo perder el tiempo sin querer perderlo. ¡Qué vamos a pasar de todo si hasta para eso necesitamos del porro...”.

La conclusión que se puede extraer de todas estas citas es que a la juventud de la transición se la estigmatizó de forma general en función de los cambios en los valores, las creencias y las prácticas que experimentaron. Pero hay que incidir que el pasotismo, o el desencanto entre los jóvenes, fue un sentimiento de desafección hacia el mundo, hacia la imposibilidad de cambiar el mismo. Este sentimiento surge en una generación que a pesar de creer en movimientos políticos, en ocasiones utópicos, se da cuenta de que son inútiles y de que sus ambiciones son inalcanzables. Pero no existió un regodeo en esta situación ni se hizo bandera del pasotismo sino que la toma de conciencia ante la imposibilidad de modificar el capitalismo les llevó a un “carpe diem”, a vivir el momento<sup>(8)</sup>. Aunque el desencanto estuviese presente en diferentes capas de la sociedad, es significativo que éste se utilizase para estereotipar negativamente y criminalizar a la juventud. También es útil seguir la pista que abre Lorente sobre el posicionamiento ideológico de parte de la juventud, que es importante seguir y analizar, para lo que debemos incidir en los procesos y elementos que participaron de la construcción de culturas políticas por parte de la juventud durante la transición.

#### 4. Culturas políticas y cultura *underground*

Lo siento van de culo,  
yo no soy como usted,  
me educó con “El Pápus”,  
no con el “ABC”.

Leño

La definición clásica de cultura política, elaborada por Almond y Verba (1970: 31), decía que “...la cultura política de una nación consiste en la particular distribución de las pautas de orientación hacia objetos políticos entre los miembros de esta nación”. Los planteamientos de estos autores se han criticado habitualmente por entender la cultura política de una manera demasiado homogénea, incapaz de recoger diferentes formas de construcción de universos políticos dentro de una misma sociedad<sup>(9)</sup>. Sin embargo en aquel texto Almond y Verba reconocían la posibilidad de que existiesen “subculturas políticas”, en función los diferentes grupos sociales que coexisten en una comunidad, esta perspectiva no se profundizó.

Posteriores desarrollos del concepto de cultura política han insistido en la función primordial de la socialización política como proceso de construcción de matrices básicas con que los individuos se enfrentan al mundo de la política. A través de estos procesos “...el individuo va conformando sus creencias básicas sobre la sociedad y la política, va acumulando información y conocimientos y, en fin, va desarrollando sus predisposiciones antes los distintos temas y hechos que configuran la realidad política...” (Benedicto, 1995: 228). Es importante entender este proceso como un aprendizaje (Funes, 2003: 59) a lo largo de la vida del sujeto, en el que el nivel individual y el supraindividual convergen, junto con instituciones sociales como la familia, la escuela, los grupos de pares, el trabajo o los medios de comunicación.

<sup>(8)</sup> Un buen relato de cómo esta generación pasó del compromiso político y cayó en la heroína es *Los años de la aguja*, de Gonzalo García Prado.

<sup>(9)</sup> Para una crítica más profunda véase Funes (2003) o Morán y Benedicto (1995).

Ya hemos caracterizado la cultura política de los españoles como propia de una ciudadanía que se siente alejada de los partidos, actitud heredada del franquismo (Morán y Benedicto, 1995: 71), y que encontró continuidad en una clase política y en unas instituciones poco interesadas en desarrollar la participación. Si bien la cultura política de la juventud *transicional*, a grandes rasgos, puede coincidir en algunos aspectos con la de los adultos, presenta también algunas peculiaridades que hacen pensar que en determinados grupos de jóvenes, con un nivel educativo elevado, sí se desarrolló una cultura política, o subcultura política, diferente a la de la población adulta. El rastro de estos grupos estaba todavía presente en algunas encuestas del CIS sobre la transición realizadas en los años 90, en las que un 18% de los interrogados declaraban que durante la transición estuvieron a favor de un cambio radical, y que aun estaban descontentos por las limitaciones con las que desarrolló el proceso de cambio político: "...dentro de este grupo favorable al cambio drástico pesa especialmente el grupo de edad comprendido entre los veintiséis y los cuarenta años de edad en 1987, es decir aquellos que en 1975 tenían entre 14 y 28 años. Son, pues, los españoles que vivieron en plena juventud los últimos años del franquismo y toda la transición los que entonces apostaban claramente por un cambio radical. Años después, una gran mayoría acepta el modo en que se realizó la transición y sus frutos, pero también persiste una minoría que mantiene posiciones críticas hacia el sistema democrático desde posiciones opuestas a las de los nostálgicos del franquismo..." (Morán y Benedicto, 1995: 94).

Esta visión crítica que una parte de la juventud que vivió la transición todavía mantiene sobre esa época contrasta con el estereotipo del pasota que se ha descrito. Si tratamos de reconstruir algunos aspectos de la cultura política juvenil de la época vemos que algunos datos terminan por desmontar aquél estereotipo. El primero de ellos es que tanto en las elecciones generales de 1979 como en las de 1982 la abstención de los jóvenes estuvo por debajo de la abstención media: la abstención juvenil en 1979 fue del 28,4%, por debajo del 32% de la media nacional (Lorente, 1981: 19). En 1982 la abstención juvenil fue del 19% (Mateos y Moral, 2006: 40) y la media nacional del 20%. En ambos casos el voto juvenil fue claramente dirigido hacia el PSOE y hacia partidos regionalistas de izquierdas. En cuanto a las razones de la abstención, en 1979 la principal razón que argumentaban los y las jóvenes que no habían votado era que "ningún partido recogía sus ideas" (32% de los abstencionistas). Sobre las razones del voto, el 60,4% de los encuestados respondían que estaba motivado por cuestiones ideológicas, lo que lleva a Santiago Lorente a concluir que "...los jóvenes tienen unos ideales de cómo debería ser la sociedad muy marcados. Esta es la principal razón de que otorguen su voto al partido que más se aproxime, en su ideario o programa, a su forma de pensar..." (Lorente, 1981: 27-29). Otro dato significativo es que en diversas encuestas del CIS realizadas en 1980, los jóvenes, de 21 a 25 años, y de 26 a 35, son el grupo de edad que muestra los índices de afiliación más altos a sindicatos (entre el 10-15%) (citado en Prieto, 1985: 137).

Estas posturas progresistas se fueron desarrollando a lo largo de la transición, en la que los jóvenes fueron radicalizando su postura, alcanzando su clímax en el año 77, como vemos en la Tabla 2.

En 10 años la juventud española había modificado sus preocupaciones y cada vez estaba menos interesada en la paz, el orden y el desarrollo económico, y más preocupada por la justicia, la democracia y la revolución

Tabla 2: **Objetivos Socio-Políticos para España según los jóvenes**

OBJETIVOS	1977	1975	1968
Que en España haya justicia	23	30	36
Que en España haya orden	4	4	13
Que en España haya libertad	23	15	7
Que en España haya desarrollo económico	11	7	22
Que en España haya paz	15	23	-
Que en España haya democracia	13	10	6
Que en España haya revolución social	14	5	-

Fuente: Lorente (1981: 146).

social. Pero dentro de este grupo social el grado de inconformismo estaba mediado, sobre todo, por el nivel de estudios<sup>(10)</sup>. Por ejemplo, entre la juventud que sólo sabía leer y escribir el voto se movía entre la UCD y el PCE, mientras que los jóvenes con estudios medios y superiores destacaban por su sentido crítico, votando más a partidos regionales de izquierda, teniendo “las cotas más altas de abstenerse de votar porque ningún partido reflejaba su ideología” (Lorente, 1981: 172).

Esta progresiva radicalización de una parte la juventud hay que situarla en relación a dos procesos de cambio que bien pudieron incidir en la socialización política de los y las jóvenes españoles. El primero de esos cambios tiene que ver con el auge libertarismo entre algunos sectores de la juventud española, sobre todo en Barcelona. El encuentro entre anarquismo y juventud se produjo de forma natural. Los jóvenes más politizados no se encontraban cómodos en los corsés de la izquierda marxista, incapaz de adaptarse a los nuevos intereses de la juventud: “mientras los libertarios defienden la autogestión, el federalismo, el internacionalismo y son partidarios de aliarse con los emergentes movimientos sociales, el resto de la Izquierda Revolucionaria es de corte autoritaria, estalinista, leninista o maoísta, de modo que, cuando llega la hora de afrontar la teoría, manifiestan su desconfianza hacia la juventud...” (Velázquez y Memba, 1995: 38). En el anarquismo parte de la juventud encuentra un espacio abierto en el que fusionar vida cotidiana y política y en el que desarrollar proyectos biopolíticos y comunales más próximos a los nuevos movimientos sociales que al marxismo clásico. El desencuentro entre la izquierda clásica y parte de la juventud también estuvo ligada a la Ley de Peligrosidad Social que aprobó el franquismo en 1970, y que estaba dirigida, sobre todo, a la represión de ciertas prácticas juveniles. Durante la transición ni socialistas ni comunistas abogaron por suprimir la ley, lo que provocó el distanciamiento con algunos colectivos sociales que no tenían cabida en aquella izquierda: “...la contestación protagonizada por grupos de militantes feministas y homosexuales causó cierto desconcierto en la izquierda tradicional, más amiga del puritanismo y el conservadurismo...” (Velázquez y Memba, 1995: 162). El impacto del anarquismo entre los y las jóvenes es apabullante y se demuestra en que los mítines más importantes de la transición fueron mítines de la CNT, que estuvieron repletos de jóvenes: a las Jornadas Libertarias, que se celebraron en julio de 1977 en Barcelona, acudieron cerca de 600.000 personas. Unos días antes la CNT reunió a 200.000 personas en un mitin en Montjuic, y cerca de 25.000 en Madrid, en la plaza de Toros de San Sebastián de los Reyes, en el primer acto que organizaba esta organización desde la muerte de Franco.

<sup>(10)</sup> Morán y Benedicto (1995: 46-47) también señalan que “...todas las investigaciones coinciden en afirmar que es la educación la variable fundamental...la que introduce mayores diferencias en las posiciones de los distintos sectores sociales y la que media decisivamente el impacto de otras variables...”

En la expansión del anarquismo tuvo mucho que ver también una explosión de revistas contraculturales o *undergrounds*(11), que se produjo a mediados de los 70, como Ajoblanco, Star, Ozono, Bicicleta o Sal Común, si bien las que más difusión tuvieron fueron las dos primeras. Estas revistas nacieron en el marco de un movimiento cultural heterogéneo(12), que en Barcelona se afincó en torno a las Ramblas, y en el que dibujantes (Nazario, Mariscal), pintores (Barceló), grupos teatrales (Els Joglars), músicos (Pau Riba, Sisa) o artistas polifacéticos (Ocaña) creaban e intercambiaban ideas en pisos comunales, bares o conciertos. Del espíritu libertario de estos artistas se impregnaron y dieron buena cuenta todas estas revistas.

(11)

Para el filósofo Luis Racionero, uno de los pensadores clave del período, el concepto de “contracultura” era ineficaz porque se trataba de una traducción incompleta de la palabra inglesa “counter culture”, cuya traducción literal no sería “contra la cultura”, ya que “counter” significa contrapeso. Por ello el autor propone el término “underground”, por ser más amplio y hacer referencia no sólo a movimientos culturales de raíz anglosajona, sino a también a pensamientos y filosofías heterodoxas (Racionero, 2002 [1977]: 10). Dentro del círculo de la revista Ajoblanco, en la que Racionero tuvo mucho peso, el concepto de contracultura fue muy criticado y en su número 18 (enero, 1977) se discutió sobre la muerte de la contracultura, algo que sentó muy mal en la revista Star, mucho más próxima a ese movimiento, y que utilizaba también el adjetivo de prensa “marginal”. Para los fines de este trabajo mantendré el concepto de cultura *underground*, por entender que es más amplio que el de contracultura, pero que no excluye a ésta, y porque el concepto se desarrolló y se manejó por los actores que formaron parte de estos colectivos.

(12)

El periodista musical Jesús Ordovás nombró a este movimiento como “El Rollo”, palabra en boga en ese tiempo (Nazario y Mariscal publicaron un cómic muy comentado en la época, titulado “El Rollo enmascarado”) y que en su origen se utilizaba para referirse al menudeo de drogas (Labrador y Monasterio, 2006: 40). Labrador (2009: 82) ha definido el Rollo como “...un conjunto de prácticas culturales, políticas y de ocio cuyas características principales podrían ser el vitalismo desencantado, la inscripción urbana y la nocturnidad...tiene una fuerte vertiente ácrata y conlleva unos determinados hábitos de consumo de drogas...”. Ordovás trata de describir este movimiento en el texto “De qué va el Rollo”, en donde sitúa este movimiento como un sinónimo de contracultura, y en el que enmarca toda la producción *underground* de la época: desde grupos de música como Ramoncín, Burning, Triana, Coz, Pau Riba, Sisa, Máquina o Smash a las

Ajoblanco, que en su primera época se publicó entre 1974 y 1980, y que en su momento de mayor difusión llegó a tener 1.000.000 de lectores, y a vender más de 100.000 ejemplares (Ribas, 2007: 437) fue la alternativa seria e intelectual a la prensa cotidiana, y la revista que desarrolló con mayor profundidad un proyecto juvenil alternativo durante la transición. Poco a poco se fue acercando al mundo anarquista, tomando parte activa en la organización de las Jornadas Libertarias. En sus páginas, como en las de Star o Sal Común, se mezclaban una gran cantidad de temas, buscando siempre romper tabúes: ecologismo, naturismo, liberación sexual, masturbación, medicinas alternativas, drogas, orientalismo, comunas...y política, mucha política. Para su principal ideólogo, Pepe Ribas, “...el pensamiento libertario estimulaba la acción autónoma, negaba la jerarquía y ponía en evidencia que la violencia era inseparable del estado moderno...por encima de cualquier divagación teórica, el anarquismo implicaba una actitud y una forma novedosa de entender la moral y la forma de vida...” (Ribas, 2007: 145).

La revista Star, que también se publicó entre 1974 y 1980, lanzó 57 números, algunos de ellos censurados por el franquismo y que les valieron el cierre de la revista durante largos períodos (Ajoblanco también sufrió un cierre). Star fue una revista anárquica, diversa, sin un hilo claro. Comenzó como revista de cómic (o cómix, como se decía entonces), y poco a poco fue introduciendo nuevos contenidos (crítica de rock, de cine, ensayo, poesía, reportajes, entrevistas...) hasta dejar el cómic casi como algo secundario. En cierto sentido rivalizó con Ajoblanco por ser la revista *underground* por excelencia, si bien sus mensajes eran bien diferentes ya que mientras que Ajoblanco se mantuvo constante en la búsqueda de la utopía política y social, y apostó por el libertarismo, Star se aventuró por un pasotismo bien entendido (que se afianzó con la aparición del punk, movimiento que Ajoblanco rechazó), escéptico ante la política (“contra todo, contra todos” era su lema), lo cual no quiere decir que sus contenidos no fueran políticos, subversivos e iconoclastas, que lo eran. Uno de los elementos más provocadores de la revista fueron sus portadas, como la del número 6, en la que Hitler era dibujado con aspecto de buen ciudadano, o la del número 21, en la que una joven yacía en el suelo al ser disparada por la espalda, por dibujar el símbolo de la anarquía en la pared.

Star también desarrolló una labor muy importante a través de *Star Books*, donde se publicaron y tradujeron al castellano las principales obras literarias de la contracultura norteamericana: Ginsberg, Burroughs, Dylan, Kerouak, Thompson, Carroll...Star participó así en la construcción del imaginario cultural de una generación de jóvenes que ya no estaba tan aislada del mundo. El impacto de la revista tampoco no fue baladí, ya que contaba con una tirada de 25.000 ejemplares, y el número de lectores de cada ejemplar habría que multiplicarlo por 4 o 5 (o hasta 15, decían en la revista).



En ambos casos una sección importante de las revistas eran las cartas al director, así como las secciones de anuncios, en las que estas revistas crearon un espacio para que los lectores interaccionaran y se citaran para organizar comunas, intercambiar música, libros, conocer gente afín, etc. Ya se ha comentado también la aparición de *Sal Común* (1979-1981), cuyo impacto fue menor que las otras dos revistas, pero cuyo relato también es importante porque cubrió el hueco que dejaron *Ajoblanco* y *Star*, que desaparecieron ante los problemas económicos y las dimensiones internas, y que se adentró en el período de auge del desencanto y del pasotismo.

Partiendo de toda esta producción cultural se puede vislumbrar cómo los referentes culturales y políticos de algunos de los jóvenes de la transición desencadenaron en una socialización política diferente a la de generaciones anteriores. Ribas (2007: 362) escribe en su biografía que en Barcelona no se vivió una única transición, sino que convivieron tres transiciones distintas: la social, organizada por los obreros emigrantes de Barcelona. La del cambio en las costumbres, que abanderaron los jóvenes de diferentes clases sociales, y la revolución política, que fue la menos revolucionaria. Con esa línea entronca Pablo Sánchez León (2004), quién remarca la importancia de unos jóvenes que, en un momento clave de la historia de España, trataron de dar contenido a unas libertades civiles recién adquiridas, pero que había que desarrollar y diseminar. Una de las paradojas que se produjeron en la transición fue la de llenar de contenidos la democracia, llenarla de

revistas underground ya descritas y a los dibujantes como Nazario y Mariscal.

ciudadanos, allí donde sólo había súbditos. La ruptura que produjo la juventud fue con el llamado “franquismo sociológico”, con aquellas generaciones socializadas durante el franquismo, con una cultura política pobre. Ni la izquierda ni la derecha, ya fuesen opositores o del régimen, habían participado de una cultura del intercambio, de la discusión, sino que más bien se socializaron en la conspiración, en las jerarquías, en la toma de decisiones entre camarillas. La juventud que nació entre mediados de los años 50 y mediados de los 60 vivió un franquismo más laxo en algunos aspectos, recibió el influjo de las culturas foráneas a través de viajes y de los medios de comunicación, Y trató de generar elementos y contenidos democráticos a través de su propia producción cultural.

## 5. Del compromiso a la aguja

La conexión entre culturas juveniles y anarquismo fue fructífera pero efímera, y hacia el año 78-79, los años del desencanto, comienza a resquebrajarse. Las causas son diversas; por un lado los viejos anarquistas, defensores de la lucha en los centros de trabajo, chocaron con los jóvenes “melenudos” y “fumetas” que vieron en el anarquismo un espacio más abierto que el del comunismo en el que desarrollar nuevos estilos de vida. Pepe Ribas (2007: 503), en su biografía e historia de Ajoblanco describe como un *striptease* de Ocaña durante las Jornadas Libertarias escandalizó a los dirigentes más antiguos de la CNT. Un buen conocedor del mundo *hippy*-libertario catalán fue Pau Malvido, quién razonaba de esta manera, en la revista Star, sobre el choque generacional en el anarquismo: “... los jóvenes ven en el anarquismo lo que mejor resume muchas de sus aspiraciones: basta de jefes y de líderes, basta de politiquerías, libertad total, igualdad. Pero la diferencia entre jóvenes y los viejos es considerable. Los viejos hicieron del anarquismo una vida eternamente nueva para ellos...los jóvenes ven en el anarquismo una confirmación de algo que llevan más o menos encima. Para ellos el anarquismo no es un cambio total sino un paso más en su forma de vivir... son desmadrados. Y a veces el anarquismo sólo es un recubrimiento de su desmadre...” (Malvido, 2004: 63)<sup>(13)</sup>.

Tanto Ribas (2007: 538) como Velázquez y Memba (1995: 72) señalan otro elemento como definitivo en la caída del anarquismo: la manipulación mediática y la persecución política contra este movimiento, al que se acusó de provocar un incendio que causó 4 muertos en la discoteca Scala: “...el ministro de la Gobernación, Rodolfo Martín Villa, declaró en hora punta por televisión: “más que los GRAPO o cualquier otro grupo terrorista, la organización que de verdad inquina de cara al futuro es la CNT y el movimiento libertario” (Ribas, 2007: 540-41).

En paralelo al crecimiento del desencanto empieza a aumentar entre los jóvenes el consumo de algunas drogas, sobre todo de la heroína. En algunos casos ambas cuestiones pudieron estar ligadas de forma directa, sobre todo en aquellos jóvenes más idealistas, para los que el abandono de los proyectos políticos implicó un replegamiento hacia el ámbito privado, hacia posiciones individualistas, o hacia el ocio y el hedonismo: “...se evidencia que los proyectos juveniles que pretendían de un modo u otro trascender la realidad para transformarla carecen de verdadera capacidad para hacerlo” (Labrador, 2009: 108), pero las causas y el tipo de consumidores de heroína durante la transición fue variado. El consumo de heroína comenzó a popularizarse en España a principios de los años 70, alcanzando una

<sup>(13)</sup> Originalmente Malvido publicó estos textos en la revista Star, a finales de los años 70, si bien en el año 2004 Anagrama los recuperó y publicó como libro.

expansión masiva entre 1979 y 1982 (Usó, 1996: 330). En su difusión la heroína atrajo a jóvenes de áreas muy diversas. Según Oriol Romaní hasta 1977 el consumo de heroína, como el de cannabis, es bajo, y se da entre amigos y conocidos, y sus usuarios son universitarios, artistas o profesionales. A partir de ese año "...se incorporan al consumo de heroína hijos de clases medias y trabajadoras, bastantes de ellos con itinerarios de militancia política o un cierto papel de liderazgo en sus colectivos sociales, que expresarían así malestares existenciales y un tipo de respuesta a fuertes presiones sociales contradictorias..." (Romaní, 2002: 53). Posteriormente su consumo se agudizó entre jóvenes proletarios con problemas laborales y educativos. Según Usó (1996: 330) un sondeo de 1980 mostró que el 79% de los consumidores eran de extracción humilde y trabajadora, aunque también coincidieron con un tipo de consumidor proveniente de clases altas, dado a la vida bohemia. Para Labrador (2009: 114) en ambos casos el consumo tuvo la misma raíz: "...el sueño narcótico tiene la capacidad de suspender el mundo: no soluciona sus contradicciones, no resuelve sus enigmas, simplemente los borra, los elimina...".

Labrador propone una doble explicación de la expansión de dicha droga; en un primer momento la muerte del dictador provocó unas inmensas ganas de disfrutar la recién adquirida libertad, por lo que las actividades lúdicas tomaron un papel preponderante en el ocio de la juventud, como una búsqueda de formas extremas de vivencia. Esta cultura hedonista se benefició de una cierta dejadez por parte de una administración pública en pleno proceso de cambio. Pero una vez asentado el cambio de régimen el desencanto cundió entre una juventud carente de un proyecto político y vital en común. Labrador lo define como una "...desconfianza hacia el futuro y deseo de abandono del presente..." (Labrador, 2009: 107).

Una última cuestión sobre la expansión de la heroína es la promoción que se le dio a la misma, y a su consumo, desde distintos ángulos. En las revistas underground la información que se daba era confusa, contradictoria, diversa: "...coinciden en ellos abordajes periodísticos de cierto rigor y seriedad con informaciones más desviadas o con puras apologías..." (Labrador, 2009: 100). Estas revistas proporcionaron un conocimiento mínimo sobre la materia, contando a su vez con firmas ya contrastadas de generaciones anteriores como Antonio Escohotado, Fernando Savater o Luís Racionero. La información y la opinión variaban, desde las visiones apologéticas que veían en las drogas material subversivo a aquellas que las criticaban por su neutralización del potencial revolucionario de la juventud. Juan Carlos Usó (1996: 325 y sig.) defiende que la expansión de la heroína tuvo que ver, en parte, con la creación de una excedida alarma social, antes de que el fenómeno de la heroína fuese realmente una epidemia. En 1978 se inició una campaña, desde los medios de comunicación, así como desde instituciones públicas y agencias privadas, en la que se alertaba sobre un excesivo consumo de heroína por parte de la juventud, cuando en realidad el número de adictos era todavía escaso. La teoría que sostiene Usó es que el efecto que tuvo el alarmismo social fue una tremenda promoción de la heroína, socializando su deseo dentro de ciertas capas sociales, básicamente sectores marginados y excluidos. No obstante de la fuerte adicción que genera la heroína, la tremenda expansión que sufre a partir de 1979 no pudo deberse simplemente a la necesidad física del adicto a continuar con su consumo, sino que hacía falta generar una gran demanda del producto, antes de que existiese en sí una gran cantidad de adictos

Un dato, profundamente aterrador, que proporciona Pablo Sánchez León (2004: 168), que muestra las consecuencias de la heroína: a finales de los años 90 había más españoles vivos nacidos en la década de los 40 que en los 50, siendo esa última década la del comienzo del *baby-boom*. Esta generación de la transición no vivió los efectos de la posguerra, ni sufrió epidemias virulentas pero fue diezmada por las llamadas “enfermedades sociales”: sobredosis, enfermedades ligadas al consumo de drogas y el SIDA.

## 6. Las luces del pop

Tras el freno a las culturas juveniles barcelonesas son los jóvenes madrileños los que retoman proyectos culturales undergrounds, aunque ya sin el peso ni la implicación política de los barceloneses. El impacto de Star o Ajoblanco se había sentido también en Madrid, que desde mediados de los años 70 desarrolló algunos grupúsculos artísticos, centrados en el cómic (El Hortelano, Ceesepe), la fotografía (Ouka Leele, García Alix), la literatura (editorial La Banda de Moebius, La Piqueta) o los fanzines (Alaska, El Zurdo). Al igual que en Barcelona, Madrid vivió un auge de los ateneos libertarios, que se construyen en torno a los colectivos de barrio y a las asociaciones de vecinos. En Madrid hubo en barrios como San Bernardo, Usera, Carabanchel, Aluche, Vallecas o Prosperidad (Velázquez y Memba, 1995: 68). Especialmente relevante en cuanto a la cultura juvenil del período es este último ateneo, conocido popularmente como “El ateneo politécnico de la Prospe”, y en el que se gestó parte del auge cultural de Madrid en la siguiente década. El ateneo recogió propuestas diversas, como PREMAMÁ (Prensa Marginal Madrileña), que distribuía los fanzines y las revistas que se iban gestando en esos años: Agra, Alucinio, Bazofia, Catacumba, Cadáver de Mandrágora, Carajillo Vacilón, Diario Desarraigado, MMM, MMMUA, Cerrus, Uronia... también allí desarrolló su labor el colectivo LACOCU (Laboratorios Colectivos Chueca), *sui generis* promotora de conciertos que organizó los primeros *bolos* de bandas como Tequila o Kaka de Luxe. El ateneo también sirvió como lugar de ensayo<sup>(14)</sup> para bandas como WC? (a la que se incorporaría posteriormente Ramoncín), Tos (después Secretos), Kaka de Luxe, Zombies o Mermelada (Domínguez, 2004: 529).

Para Pepe Ribas el embrión de la movida madrileña, allá por el año 77, estuvo muy marcado por el underground barcelonés, por la revista Star, y por personajes como Ocaña, Mariscal, Nazario y Barceló: “...la ingeniería de este cuarteto alimentó también la fantasía desbocada del manchego Pedro Almodóvar, que empezó a enviar comics a Star. De uno de aquellos comics surgió *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*. Por el momento Almodóvar pasaba sus cortos en el Saló Diana, con más éxito que en ocasiones precedentes, y Ceesepe, El Hortelano y la fotógrafa Ouka Lele preparaban en Madrid, junto a otros, los fardos para trasladarse a una comuna en la falda de la montaña de Montjuic...” (Ribas, 2007: 481). Ouka Lele, el Hostelano o García Alix publicaron fotos y cómic en Star, pero el rastro de esta revista también está presente en la visión irónica y despreocupada que proyectaban muchas bandas de la movida (Siniestro Total, Derribos Arias), en sus exabruptos molestos, incómodos y un tanto infantiles. Y en sus continuas referencias al sexo.

Porque aunque la movida<sup>(15)</sup> ha sido caracterizada como “...los escenarios vacíos de conmemoraciones de la desmemoria, la modernización zarzuelera de una sociedad aplacada, apolítica apática, apocada...” (Subirats, 2002: 14), esta

(14) En la película “Qué hace una chica como tú en un sitio como éste” (1978), de Fernando Colomo, puede verse uno de los espacios del Ateneo, durante la actuación del grupo Burning. En internet se puede consultar en: [en línea] <http://www.youtube.com/watch?v=szOaSLiI9uQ> [consultado el 27-5-2011]

(15) La bibliografía sobre la Movida es abundante y bastante desigual. Para los intereses de este estudio citaremos los textos de Fouce (2005), Lechado (2005), y Gallero (1991).

apreciación depende del cómo definamos esta escena musical, una escena que fue diversa, amplia, contradictoria. Si pensamos en bandas como Los Secretos, Alaska y los Pegamoides, Nacha Pop, Mecano<sup>(16)</sup> u Hombres G podemos obtener un retrato más frívolo, hedonista o apolítico, de la escena, pero esta imagen puede variar si prestamos atención a bandas como Siniestro Total, grupo de intenciones dadaísta e iconoclastas, o a Aviador Dro y sus obreros especializados, grupo de tendencias futuristas, fascinados por el tecno y las vanguardias culturales. En estas bandas, como en otras, uno de los hilos conductores era el uso de la ironía, como en el tema “Dios salve al lehendakari”, de Derribos Arias, o en la chufra nacionalista de los Nikis en “El imperio contraataca”, o en la trasgresión de Almodóvar y McNamara, travestidos para cantar “Voy a ser mamá”. En ellas encontramos los ecos de Star, del situacionismo, del punk, de la reivindicación del cuerpo, la visualización de la homosexualidad... más allá de que Madrid en los 80 no fue la Barcelona de los 70, y de que la militancia dio paso a un vitalismo lúdico que en muchos sujetos de esa generación acabó en tragedia, a través de la movida se canalizaron valores, actitudes y prácticas que modificaron y modernizaron las costumbres de muchos españoles, rompiendo con el *ethos* del franquismo.

Pero en los barrios del extrarradio madrileño, o catalán, el rock duro y el punk articularon unos discursos mucho más políticos y directos que los de la movida o el rock progresivo. Mientras que la movida fue una escena más próxima a las clases medias urbanas, el rock urbano, el heavy y el punk fueron acogidos por los hijos de las clases trabajadoras, aquellos que sufrían de forma más flagrante los fallos y desigualdades del sistema<sup>(17)</sup>. Más allá de lo estético, lo que dominaba las canciones de estos grupos, como Leño, La Banda Trapera del Río, Asfalto o Topo a finales de los 70, o Barón Rojo y Obús en los 80, eran las letras, textos comprometidos con la realidad social que les rodeaba en los que denunciaban la desigualdad existente en su día a día. Sus críticas iban dirigidas a los políticos, al capitalismo, a la defensa del medio ambiente...

Mención especial merecen algunos grupos cuyos miembros, por edad, pertenecían a generaciones anteriores a las del *baby-boom*, y que jugaron un papel muy interesante en esos años. Me refiero, por un lado, a Miguel Ríos, y por otro a Banzai. Miguel Ríos, músico ya curtido en los años 80, firmó, junto al poeta Xaime Noguerol, y al guitarrista Salvador Domínguez, posteriormente fundador de Banzai, varias canciones en las que retrataba con mucho tino la situación social de la juventud. Temas como “No montes ese caballo”, metáfora directa de los peligros de la heroína, “Generación límite”, o “Extraños en el escaparate”, título de un libro de Noguerol, trataban de llamar la atención de los jóvenes sobre los peligros del desencanto, al tiempo que criticaban la oficialidad de la Movida. En una línea parecida Banzai, de nuevo con Noguerol como letrista, firmaron varias canciones sobre los riesgos de la heroína y de la delincuencia, quizás en un tono, sino paternalista, al menos de hermano mayor.

Con estos elementos podemos ver que dentro de las distintas culturas juveniles *transicionales* existen ciertas coordenadas, referencias e influencias compartidas. Si bien la movida ha tenido, y tiene, una posición privilegiada en cuanto a la producción cultural de la transición, su aparición no puede entenderse sin la influencia de la cultura underground barcelonesa. Ni hay que obviar tampoco el discurso que surgió en los barrios, más contestario que el de la movida, que también tuvo sus dosis de crítica irónica, pero de una forma más sutil.

(16)

Encuadrar a Mecano como grupo de la movida es una cuestión discutida. A pesar de la unanimidad con la que el grupo ha sido incluido en recopilaciones sobre el período, su presencia parece responder más a una redefinición de la escena que se ha venido produciendo desde principios del 2000 que a su participación en la misma durante aquellos años. Véase Fouz Hernández (2009)

(17)

Otro producto cultural de estos barrios fue la rumba, ligada al fenómeno del cine quinquí. Para estas cuestiones véase Méndez (2009).

## 7. Conclusiones

A través de estas páginas he querido mostrar una imagen diferente de una parte de la juventud que vivió la transición española. Una juventud, como decía Pepe Ribas en la cita que he incluido al principio del texto, que trabajó en la modernización cultural de España, y que lo hizo sin unos referentes ideológicos claros, improvisando, mezclando, probando.

El problema con el que se encontró aquella juventud fue un choque cultural con las generaciones anteriores, aquéllas que estaban desarrollando la transición desde otros frentes, y que promovieron discursos estigmatizadores con las prácticas culturales que algunos jóvenes fueron desarrollando: “a los jóvenes de la transición se les maldijo y, he aquí lo paradójico...se les maldijo por el hecho de ser jóvenes. Ellos no llegaron a elaborar un relato de la transición, pero la transición, tal como parece, se esmeró obsesivamente por elaborar un relato acerca de ellos (Sánchez León, 2004: 169). De aquél estereotipo interesado, el del pasota, que se comenzó a construir a finales de los 70, se pasó a otro estereotipo a finales de los 80, pero éste sí corporeizado, como el del yonki, jóvenes convertidos en marginados y excluidos, ajenos, ahora sí, a los cambios que les rodeaban.

Treinta años después se sigue percibiendo en los medios de comunicación, y en parte de la opinión pública española, discursos peyorativos con los y las jóvenes, basados en estereotipos difusos y empíricamente pobres: generación *ni-ni*(18), *perroflautas* o antisistema son calificativos habituales en determinados medios, que sirven para moralizar sobre los peligros de la juventud, igual que antes se utilizó el pasotismo. Quizás la situación actual es todavía más sangrante para la juventud ya que, a pesar de haber mejorado significativamente sus cualificaciones y su formación, las tasas de paro juvenil siempre han sido superiores a las tasas de paro de toda la población (Garrido y González, 2006: 103), y más en tiempos de crisis

Uno de los logros de aquellas generaciones de la transición fue la de pasar, en una década, de una cultura juvenil underground a una cultura juvenil convertida en referente cultural y en marca (La Movida) a la que se ligó una imagen de España moderna, actualizada, acorde a los tiempos. En ese tránsito la cultura juvenil perdió mordacidad, pero de ella ha surgido un *establishment* cultural que todavía hoy tiene una importancia trascendental, y ejemplo de ello son pintores como Miquel Barceló, dibujantes como Mariscal o Ceesepe, fotógrafos como Alberto García Alix, músicos como Santiago Auserón o cineastas como Pedro Almodóvar.

Por tanto, desde el punto de vista de la producción cultural, la juventud *transicional* articuló medios de comunicación y discursos que nos proporcionan una visión de la transición diferente, que nos muestra que frente al relato hegemónico de aquél proceso existen, no uno, sino varios relatos opuestos y en que algunos de ellos la juventud española fue un actor importante, empero de que algunos de sus proyectos cayesen en el olvido y la marginación.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**Almond, Gabriel y Verba**, Sydney (1970). *La cultura cívica*. Madrid, Euramerica.

**Ajoblanco**, nº 18, Enero 1977

**Babas, Kike y Turrón, Kike** (1996). *De espaldas al kiosco: guía histórica de fanzines y otros papelujos de alcantarilla*. Madrid : El Europeo & la tripulación.

(18)

Recientemente el Injuve ha publicado un estudio problematizando el estereotipo de generación ni-ni: Desmontando a ni-ni. Un estereotipo juvenil en tiempos de crisis.

- Benedicto, Jorge** (1995). "La construcción de los universos políticos de los ciudadanos", en Benedicto y Morán (eds) *Sociedad y política. Temas de sociología política*. Madrid, Alianza Universidad, pp 227-268
- Beltrán, Miguel** (Et ál) (1984) *Informe sociológico sobre la juventud española 1960/1982*; Madrid, SM ediciones.
- Castor**. "Juventud y mundo urbano", en *revista de documentación social*, nº 46, pp 85-103.
- Cuesta, Amanda** (2009). "Los quinqués del barrio", en *Quinqués dels 80. Cinema, premsa i carrer*, Diputació de Barcelona, pp 185-195.
- Domínguez, Salvador** (2004) *Los Hijos Del Rock: Los Grupos Hispanos 1975-1989*, Madrid, Fundación Autor.
- Feixa, Carles** (coord.) (2004). *Culturas juveniles en España (1960-2004)*. Madrid, Instituto de la juventud.
- Fouce, Héctor** (2005) *El futuro ya está aquí: música pop y cambio cultural en España*: Madrid, 1978-1985. Madrid: Ed. Velecio.
- Fouz Hernández, Santiago** (2009). "Me cuesta tanto olvidarte: Mecano and the Movida Remixed, Revisited and Repackaged", en *Journal of Spanish Cultural Studies* 10, pp. 167-187.
- Funes, María Jesús** (2003) "Socialización política y participación ciudadana. Jóvenes en dictadura y jóvenes en democracia". *Revista de juventud*, nº Extra 1. pp 57-76.
- Gallero, José Luis** (1991) *Sólo se vive una vez. Esplendor y ruina de la movida madrileña*, Ed. Ardora.
- García Prado, Gonzalo** (2002). *Los años de la aguja: del compromiso político a la heroína*. Zaragoza: Mira.
- Garrido, Luis, y González, Juan Jesús** (2006). *Mercado de trabajo, ocupación y clases sociales*, en González y Requena (eds), "30 años de cambio social en España", Madrid, Alianza Editorial. Pgs 81-126.
- Garrido, Luis y Requena, Miguel**. (1996) *La emancipación de los jóvenes en España*, Madrid. Instituto de la Juventud.
- González, Jesús** (2006). "Bases sociales de la política española", en González y Requena (eds), *30 años de cambio social en España*, Madrid, Alianza Editorial, Madrid, pp 253-273.
- Hooper, John** (1987). *Los españoles de hoy*. Buenos Aires, Javier Vergara.
- Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología (2011). *Desmontando a ni-ni. Un estereotipo juvenil en tiempos de crisis*. Injuve.
- Labrador, Germán, y Monasterio, Agustina** (2006) "Canciones para después de una dictadura. Poéticas y políticas de la lírica de la Transición Española entre La Movida y el underground", *El rapto de Europa*, 9.
- Labrador, Germán** (2009) *Letras arrebatadas. Poesía y química en la Transición española*. Madrid, Editorial Devenir.
- Lechado, José Manuel** (2005) *La movida. Una crónica de los 80*. Madrid: Algaba ediciones.
- Lorente Arenas, Santiago** (1981) *La cultura política de la juventud. Actitudes y comportamientos de la juventud española ante el hecho político*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Malvido, Pau** (2004) *Nosotros los malditos*. Barcelona, Anagrama.
- Martín Criado, Enrique** (1998). *Producir la juventud: crítica de la sociología de la juventud*. Madrid, Istmo.
- Martín Serrano, Manuel** (1994). *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960-1990*. Madrid, Instituto de la Juventud.
- Mateos, Araceli y Moral, Félix** (2006). *Comportamiento electoral de los jóvenes españoles*. Madrid, instituto de la juventud.
- Méndez, Sabino** (2009). "La noche de la rumba: un aperitivo", en *Quinqués dels 80. Cinema, premsa i carrer*, Diputació de Barcelona, pp 200-204
- Morán, M<sup>a</sup> Luz, y Benedicto, Jorge** (1995) *La cultura política de los españoles. Un ensayo de reinterpretación*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- Ordovás, Jesús** (1977) *De qué va el Rrollo*. Madrid, La Piqueta.

- Prieto, Rafael.** (1985) *La participación social y política de los jóvenes*. Madrid, Instituto de juventud.
- Racionero, Luis** (2002) [1977]. *Filosofías del underground*, Barcelona, Anagrama.
- Ribas, José** (2007) *Los 70 a destajo. Ajoblanco y libertad*. Barcelona, RBA.
- Roca, Jose Manuel** (1999). *El lienzo de Penélope. España y la desazón constituyente (1812-1978)*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Romaní, Oriol** (2002) "Grifotas, contraculturales, pastilleros. Juventud, drogas y cambio social en España", en Feixa, C. Costa, C. y Pallarés, J (Eds), *Movimientos juveniles en la Península ibérica. Graffitis, grifotas, okupas*. Barcelona, Ariel.
- Sal Común*, nº 6. 17-11-1978 y nº 9. 1978
- Salido, Olga** (2006). "Desigualdad y pobreza", en González y Requena (eds), *30 años de cambio social en España*, Madrid, Alianza Editorial. pp 193-228.
- Sánchez León, Pablo** (2004), "Estigma y memoria de los jóvenes de la transición, en Silva, Esteban", Castán y Salvador (Eds) *La memoria de los olvidados*. Valladolid: Ambito.
- Subirats, Eduardo**, (Ed) (2002), *Intransiciones*. Crítica de la cultura española. Madrid, Biblioteca Nueva.
- Usó, Juan Carlos** (1996). *Drogas y cultura de masas: España (1855-1995)*. Madrid: Taurus.
- Velázquez, José Luis, y Momba, Javier** (1995) *La generación de la democracia. Historia de un desencanto*. Madrid, ed. Temas de hoy.
- Vilarós, Teresa** (1998). *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la Transición española (1973-1993)*. Madrid: Ed. Siglo XXI.